

Sarah Corona Berkin*
Zeyda Rodríguez Morales* ♦

El amor como vínculo social, discurso e historia: aproximaciones bibliográficas

El artículo denominado "El amor como vínculo social, discurso e historia: aproximaciones bibliográficas" tiene como finalidad empezar a realizar investigaciones interdisciplinarias en el área de estudios sobre el amor en la vida social. Las autoras seleccionaron algunos textos clásicos, así como ciertas investigaciones representativas en torno a la problemática, y las exponen clasificadas alrededor de tres ejes: el amor como vínculo social, en la que se aborda desde la sociología; el amor y el discurso amoroso, que a su vez explora lo "decible" sobre el cuerpo, la codificación de este discurso y su aprendizaje; finalmente se trata la experiencia amorosa desde la perspectiva histórica.

♦ Es investigadora del Departamento de la Comunicación Social del CUCSH.

██████████ sacol0@vianet.com.mx ██████████

♦ ♦ Es investigadora del Departamento de Sociología. Ambas son miembros del Grupo de Liderazgo «Comunicación, Cultura y Sociedad» del CUCSH.

██████████ rzeida@hotmail.com ██████████

«El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor. Erotismo y amor: la llama doble de la vida».

Octavio Paz

El amor es fuente de una amplia producción comunicativa en el orden de la vida cotidiana individual y social. En el ámbito académico es principalmente tema de estudios psicológicos y filosóficos. El amor, ubicado en lo profundo del ser y vinculado con el mundo emotivo, íntimo, inmaterial, pareciera ser una emoción autónoma, incontrolable, natural, sin nexos con la construcción social de la cultura. Para nosotras, pensar el amor es esencial en las ciencias sociales como una forma de aceptar la subjetividad en el campo de los estudios culturales. El análisis de lo amoroso puede proporcionar pistas para comprender el amor, no sólo como estado interno, sino como la relación de la experiencia íntima con las instituciones, la sociabilidad y el poder.

El trabajo que a continuación presentamos tiene como finalidad empezar a realizar proyectos de investi-

gación interdisciplinarios en el área de estudios sobre el amor en la vida social. Desde nuestra propia lectura presentamos en este artículo una revisión bibliográfica sobre el tema. Al principio del proceso que nos llevó a escribir esto, las autoras no imaginábamos la cantidad de literatura respecto al amor. En el transcurso de la indagación nos dimos cuenta que se trataba de un terreno tan vasto que cualquier esfuerzo por abarcarlo sería imposible y sin sentido.¹

Hemos optado por seleccionar algunos textos clásicos, así como ciertas investigaciones innovadoras en torno a la problemática y clasificar el material en tres ejes que privilegian algún aspecto del amor: el amor como vínculo social, el amor y el discurso amoroso y el amor en la historia.

El amor como vínculo social

Remontándonos a los orígenes de la disciplina sociológica, el amor aparece en la obra de Augusto Comte como un poderoso cemento social. Rebasando cualquier visión individual o de pareja, este sentimiento es invocado en forma de altruismo, «vivir para el otro», como un medio de unificación entre las personas, constituyendo así la tríada fundante de una nueva moral social, «amor, orden y progreso».² Asimismo, este planteamiento iba acompañado de la idea de que las mujeres eran los sujetos idóneos para difundir esta nueva filosofía, dada su «naturaleza proclive al amor» (Larroyo, Francisco, 1982:XXII, XXIII y XLV).

Para sociólogos contemporáneos como Niklas Luhmann, el amor también posee una dimensión mas allá de la expe-

1 Prueba de esto son los impresionantes «Ensayos bibliográficos» presentados por Peter Gay (1992) al final de sus dos volúmenes sobre *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, Fondo de Cultura Económica, México.

2 Esta idea se encuentra en los escritos de la última parte de su vida y, según sus estudiosos, tiene que ver con la relación amorosa que mantuviera el autor con Clotilde de Vaux, factor que desencadenaría «la invasión del sentimiento en la teoría».

riencia subjetiva; desde su perspectiva, lo amoroso constituye un horizonte de sentido pues

«...no es en sí mismo un sentimiento, sino un código de comunicación de acuerdo con cuyas reglas se expresan, se forman o se simulan determinados sentimientos; o se supedita uno a dichas reglas o las niega, para poder adaptarse a las circunstancias que se presenten en el momento en que deba realizarse la correspondiente comunicación» (Luhmann, 1985:21).

De este modo, el «mecanismo simbólico» específico del amor como código comunicacional es la sexualidad; a través de ella, los individuos logran la interpenetración, la fusión.

Desde una perspectiva teórica distinta, el concepto de amor también ha sido trabajado usando algunos conceptos previamente definidos en otros trabajos de corte histórico o literario.

Estos conceptos «fundantes» en el terreno de lo amoroso se deslindan a partir de la relación de éste con la sexualidad. Podemos hablar del amor apasionado, *amour passion*, el cual implica una conexión íntima entre amor y atracción sexual. Este tipo de amor no ha sido reconocido socialmente a lo largo de la historia como un sentimiento suficiente o válido para instaurar un matrimonio o fundar alguna relación perdurable. Normalmente se le ha considerado como un sentimiento «subversivo» y difícil de establecer dentro de los límites de la vida cotidiana institucionalizada.

Por otra parte, se ha conocido como «amor romántico» el sentimiento que comenzó a ser común a finales del siglo XVIII, cuando a las relaciones conyugales, hasta ese momento concebidas en términos de conveniencia económica y social,³ se le añadió uno de los elementos del amor tratado antes, el amor propiamente dicho. Uno de estos elementos

³ Este punto es trabajado por Lawrence Stone (1990) en *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*, Fondo de Cultura Económica, México.

fue la narración del «romance» en la historia de la relación, la inclusión de «yo» y el «otro» en una historia única y singular. En el amor romántico, los afectos, el amor espiritual, predominan sobre la atracción sexual. El enamoramiento no es una atracción carnal, sino «amor a primera vista».

La aparición del amor romántico vino aparejado de otros procesos que lo reforzaron: el surgimiento del «hogar» en un mundo crecientemente industrializado; el replanteamiento de las relaciones entre padres e hijos, en las que éstos requerían cada vez más de la atención y ternura de la madre; y la «invención» de la figura de la maternidad con todo un rol establecido (Giddens, A., 1995:46-47).

El amor romántico se asienta entonces en una institución: el matrimonio, una división del trabajo entre los sexos y un requerimiento de perdurabilidad. Algunas experiencias que correspondían originalmente al tipo del amor pasión quedaron destinadas a otro espacio social, el de la sexualidad con la querida o la prostituta, fuera del entorno doméstico y de la figura de la esposa-madre.

A partir de este momento, y aunado al despliegue de la moral cristiana en Occidente, se ha reforzado la concepción del amor en el matrimonio como diferente al amor fuera de él.⁴ Este amor ha sido llamado también «amor reserva», en oposición al ya mencionado «amor pasión».

«Todo amor por la mujer de otro es escandaloso. Igualmente escandaloso es el excesivo amor por la propia esposa. Un hombre prudente ha de saber amar a su mujer con ponderación y no con pasión y, en consecuencia, ha de saber controlar sus deseos y no dejarse arrastrar a la copulación. Nada es más inmundo que amar a la propia esposa como a una amante...Que se presenten a sus mujeres no como amantes, sino como maridos» (citado por Aries, P., 1987:181-182).

⁴ Sobre ese punto en particular, ver «El matrimonio indisoluble» de Philippe Aries (1987), en *Sexualidades occidentales*, editorial Paidós, México.

El proceso de modernización de las sociedades ha rebasado, en el ámbito de la vida íntima, esta conceptualización gestada desde el siglo XVIII. Ante esta dualidad en los conceptos, ante esta situación bipolar para designar y vivir el amor, se ha comenzado a pensar de otra manera. Tanto para los hombres y las mujeres de nuestros tiempos, la distancia entre el amor y la sexualidad no es tan grande.

Nuevas generaciones han acuñado otro término para replantear el amor, las «relaciones». Giddens llama a este fenómeno, para distinguirlo de los anteriores tipos de amor, la «pura relación».

La pura relación

«se refiere a una situación en la que una relación social se establece por iniciativa propia, asumiendo lo que se puede derivar para cada persona de una asociación sostenida con otra y que se prosigue sólo en la medida en que se juzga por ambas partes que esta asociación produce la suficiente satisfacción para cada individuo.» (Giddens, A., 1995:60).

Con base en esto y en términos específicos, hablaremos ahora de «amor confluyente», un nuevo tipo de amor que implica contingencia y acción frente a la seguridad y eternidad del «amor romántico». El amor confluyente presupone la igualdad entre los sexos y en el dar y recibir emocional. Incluye al erotismo como un elemento decisivo del éxito o fracaso de la relación, esto es, busca la plenitud en el logro del placer. No se basa en el matrimonio como institución legal o religiosa. Este amor no es necesariamente monógamo, mientras sus participantes crean conveniente que así sea, ni es exclusivo de las relaciones heterosexuales; los ideales románticos también permean a las parejas del mismo sexo (Giddens, A., 1995:63).

De este modo se dibuja un concepto nuevo de amor que traspasa las fronteras de los conceptos anteriores y, al mismo tiempo, es producto de aquéllos. Teóricamente, el discurso

sociológico sobre la intimidad se diversifica. Estas novedades corresponden a necesidades planteadas desde el terreno de las prácticas sociales, en las que se vislumbran cambios en los últimos tiempos, matices para los que no eran suficientes las nociones originalmente planteadas.

En términos prácticos se observan variantes importantes en las relaciones amorosas y sexuales de nuestro tiempo. Para designar este fenómeno, André Béjin ha usado el concepto de «cohabitación juvenil»⁵ para diferenciar, frente al matrimonio y a las relaciones extraconyugales, las nuevas relaciones, las que Giddens ha denominado «relaciones puras». Su propuesta analiza esto alrededor de nueve criterios: la duración potencial de la vida en común; la consagración social de la unión; sus fines esenciales; la diferenciación de las funciones en la vida en común; el grado de fidelidad requerido; la forma de expresión de los sentimientos; el fundamento normativo de la relación sexual, la actitud frente a la fecundidad y el espacio afectivo (Béjin, A., 1987:215-228).

Dejando a un lado la sociología, desde la antropología, Abu-Lughod (1990), en su artículo «*Shifting politics in Beduin love poetry*», argumenta en contra de las investigaciones culturales que encuentran el significado de las emociones sin preguntarse por la implicación de los discursos emocionales, el amor en este caso, y el poder y su relación con los cambios históricos. La autora analiza particularmente la poesía y canción de amor de los beduinos en Egipto. Encuentra formas en que la poesía-canción de amor se desplaza de lugar para retar el orden de los hombres adultos. Explora las formas en que la introducción de los cassettes de música participan con la erosión de las prácticas tribales de excluir tradicionalmente a la mujer del discurso público. La poesía y su versión musical pragmáticamente tienen un efecto a través

5 En nuestro medio podríamos hablar de «unión libre».

de su uso en contextos sociales específicos, convirtiéndose en lugar de resistencia y de rebelión.

El amor y el discurso amoroso

El amor y el cuerpo

Un aspecto central del amor lo constituye la sexualidad. Las interpretaciones psicoanalíticas nos ofrecen sobre todo herramientas para comprender lo amoroso como manifestación de variables individuales de procesos fisiológicos universales. La ceguera ante la realidad y la compulsividad acompañan el fenómeno del enamoramiento y se relacionan con una transferencia de la infancia, un regreso a un estado narcisista y, por lo tanto, patológico. La experiencia del amor tiene que ver con la satisfacción sexual, y el odio, la ambición, los celos son diversas formas del instinto sexual. La labor clínica de Freud y su búsqueda por explicar el comportamiento erótico del hombre lo lleva a plantearse la esencia del instinto sexual, dejando de lado lo social y su impacto en los lenguajes del amor.⁶

Para Fromm, a diferencia de Freud, el amor cuenta con un aspecto psicobiológico donde lo femenino y lo masculino buscan por principio la unión. Para el autor, el amor es el fenómeno racional de madurez que implica dar, como expresión de vitalidad, con el fin de superar la separatividad y la angustia que ello implica. Los elementos comunes a todo amor son el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento. Los objetos de amor son el amor fraterno, materno, erótico, a sí mismo y a Dios, todos como encarnación de la cualidad esencialmente humana: «Amar a una persona implica amar al hombre como tal» (Fromm, 1966:75). Reforzando así un concepto universal y humanista del amor, permite

⁶ Freud, Sigmund (1948), «Aportaciones a la psicología de la vida erótica», «Sobre una degradación general de la vida erótica», «Tabú de la virginidad», pp.974-993.

reflexionar sobre el sentimiento amoroso, pero no facilita reconocer las múltiples construcciones sociales del amor y las prácticas discursivas que genera.

Por otro lado, en la actualidad, las teorizaciones acerca de la sexualidad parten de un punto ineludible, la obra de Michel Foucault. Su obra de tres tomos *Historia de la sexualidad*⁷ plantea al sexo y a la sexualidad como constructos sociales, históricos y experimentados subjetivamente, superando cualquier definición biologicista o sexológica previa.⁸

La historia de la sexualidad de Foucault se levanta sobre tres principios básicos: el principio del poder, del saber y del placer. Su objeto no es definir qué es el sexo, sino el hecho discursivo del sexo, la puesta en discurso del sexo; el punto esencial es tomar en consideración qué se habla de él, quién lo dice, desde qué lugares y puntos de vista, mediante cuáles instituciones y a través de qué mecanismos, a través de qué canales y de qué forma llegan estos discursos a los sujetos y los atraviesan, qué producen e incitan con ellos, qué difunden y almacenan.

En este sentido, no interesa al autor si el sexo ha sido reprimido y prohibido. El objeto de esta obra es la puesta en discurso, la técnica de poder y la voluntad de saber, que se han manifestado en torno al sexo (Foucault, M., 1977:19).

A partir del siglo XVIII, la sociedad ha hablado de sexo más que nunca, no con el afán de reprimirlo, sino de administrar-

7 Foucault, Michel (1977), Tomo 1, *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*, Siglo XXI, España. (1986) Tomo 2, *Historia de la sexualidad: El uso de los placeres*, Siglo XXI, España. (1987) Tomo 3, *Historia de la sexualidad: La inquietud de sí*, Siglo XXI, España. 1987.

8 Una visión biologicista de la sexualidad es aquella desarrollada por la sexología (Krafft-Ebing, Ellis, Kinsey, Masters y Johnson), misma que define de una manera esencialista (naturalista) lo normal y lo anormal, descubriendo paso a paso las leyes que gobiernan lo biológico. En esta perspectiva se equiparan los conceptos sexo, género y sexualidad uniéndolos de una manera «lógica». Así, las reglas construidas desde lo «normal» son la heterosexualidad, el matrimonio y la reproducción, considerando como desviaciones la homosexualidad, la fellatio o el cunnilinguis (Weeks, Jeffrey, 1993:107-161).

lo. El sexo se ha reglamentado mediante discursos útiles y públicos. Se desarrollaron la medicina, la psiquiatría y la justicia penal y con ellas discursos coactivos sobre el sexo. En este sentido, el sexo es tratado por una multiplicidad de discursos, producidos por una serie de equipos que funcionan en diferentes instituciones (Foucault, M., 1977:41).

Ya en el siglo XIX, y sobre todo en el XX, las sociedades han producido multiplicidad de sexualidades y han inventado las perversiones. El «dispositivo de la alianza» que sostuviera las relaciones matrimoniales es acompañado por un nuevo dispositivo, el «de la sexualidad», con el cual se reconocen las sexualidades periféricas.

Para el autor, el dispositivo de la alianza implica un sistema de matrimonio, de fijación y de desarrollo de parentesco, de transmisión de nombres y bienes, cuyo objetivo era la reproducción de las relaciones y mantenimiento de la ley que las rige. El dispositivo de la alianza fue declinando a medida que los procesos económicos y las estructuras de poder dejaron de encontrar en él un instrumento adecuado. Allí, las sociedades inventaron un nuevo dispositivo, el de la sexualidad, el cual destaca las sensaciones del cuerpo, la calidad de los placeres y la naturaleza de las impresiones, cuyo fin es la extensión permanente de los dominios y las formas de control (Foucault, M., 1977:129).

La sexualidad se definió «por naturaleza» como un dominio penetrable por procesos patológicos y que, por lo tanto, exigía intervenciones terapéuticas o de normalización; un campo de significaciones que descifrar; un lugar de procesos ocultos por mecanismos específicos; un foco de relaciones causales indefinidas.

Según Foucault, el poder ejerce sus mecanismos sobre la vida cotidiana, todos los espacios están atravesados por relaciones de poder, la muerte es su único límite. Ese poder sobre la vida ha revestido dos formas principales desde el siglo XVII: un polo de desarrollo constituido por el cuerpo como má-

quina: su educación, el mantenimiento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas eficaces de control; a esto le llama el autor «anatomopolítica del cuerpo humano» (disciplinas). La segunda forma se centra en el cuerpo-especie, cuerpo viviente, soporte de los procesos biológicos: la proliferación, nacimientos, mortalidad, salud, duración de la vida, longevidad; a esto le llama «biopolítica de la población» (controles reguladores). A través de estas dos formas, el poder se organizó sobre la vida. Su función no es matar, sino invadir la vida enteramente (Foucault, M., 1977:168).

Así, el sexo se coloca en el cruce de estos dos ejes. Por un lado depende de las disciplinas del cuerpo; por el otro participa de la regulación de las poblaciones. «El sexo es, a un tiempo, acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie» (Foucault, M., 1977:176).

La teoría del sexo, dice el autor, fue producida por el dispositivo de la sexualidad.

«La noción de sexo permitió agrupar, en una unidad artificial, elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones y placeres; además permitió el funcionamiento como principio causal de esa misma unidad ficticia; como principio causal pero también como sentido omnipresente, secreto a descubrir en todas partes; el sexo, pues, pudo funcionar como significante único y como significado universal» (Foucault, M., 1977:187).

Además, Foucault, pudo trazar la línea de contacto entre un saber de la sexualidad humana y las ciencias biológicas de la reproducción.

Para él, las prácticas producen discursos, los discursos producen prácticas y los sujetos se construyen entre los dos. En otras palabras, el poder no funciona causalmente, sino moldeando los cuerpos de los sujetos y a través del lenguaje. La inscripción del poder es en el cuerpo mismo, se graba en

sus hábitos, sus respuestas, sus acciones, su mirada hacia un deber ser. De esta manera, más que reprimir, habitúa, conforma, hace cuerpos dóciles, obedientes, útiles, obligándolo a posturas precisas, una forma de manipular los objetos, una gestualidad, un ritmo. En cuestión de amores, orientando una forma de vivir su sexualidad y un discurso al respecto. Prácticas y discursos lo configuran no de forma ideológica, vertical, sino disciplinando los cuerpos, es decir, técnicamente, cruzándolos en todos los espacios por los que circula en un momento histórico. Así pues, el papel práctico del «sexo» es el de que, pasando por él, cada sujeto accede a su propia inteligibilidad, a la totalidad de su cuerpo, a su identidad y, podemos agregar, a su posibilidad de amar.

La codificación del amor

Para Roland Barthes (1982), en su texto *Fragmentos de un discurso amoroso*, conocer lo amoroso implica recurrir al discurso del sujeto enamorado. El discurso producido por este enunciador tiene la particularidad de no poseer una estructura narrativa. Acorde con esto, Barthes explora el estado del enamorado y plantea de forma arbitraria los «fragmentos» de su discurso. Utiliza un orden alfabético para su designación con el objeto de no crear un orden lógico que podría terminar por componer un relato o una filosofía del amor, ambas metas de las que se aleja el autor, ya que las historias de amor, a diferencia de las «figuras», son en realidad conjuros sociales contra el desorden amoroso, son formas que se rescatan de la cultura (¿escrita?) para explicar, de forma ordenada, la experiencia emotiva del amor. Las «figuras» son los trozos caprichosos del discurso amoroso, «un vuelo de mosquitos» (Barthes, 1982:16). Dichas «figuras» pertenecen a un código cultural de lo amoroso, como los monemas pertenecen al código lingüístico. La «figura» pertenece al ámbito de lo social y al ámbito de lo privado; así la «figura» es un espacio «a medias codificado y a medias proyectivo» (Barthes, 1982:14). La carta

de amor, por ejemplo, muestra la dialéctica particular de la carta a la vez vacía (codificada) y expresiva (cargada de deseo de significar).

La «figura» puede ser una palabra, una frase o un refrán, a condición que no sea un mensaje terminado, un sintagma acabado, hecho para consumir. Esta reserva cultural de figuras que posee el sujeto cumple su cometido cuando el enamorado tiene necesidad de construir un discurso de amor. Como de «una enciclopedia de la cultura afectiva» (Barthes, 1982:16), el enamorado pone nombres a su historia particular de un catálogo cultural que posee, para anclarse con las palabras y no perderse en el otro, o para volverse a encontrar.

Para construir las «figuras», Barthes selecciona lecturas diversas: Goethe, Platón, Zen, psicoanálisis, además de sus amigos y sus propias experiencias. En las páginas de *Fragmentos...* vamos entendiendo la manifestación de la necesidad de amor y unión. Para Barthes, el amor pone en juego el vínculo antiguo del sujeto con su madre, el recuerdo de cuando parecían existir ambos como un solo cuerpo. El hombre está condenado a vivir siempre anhelando volver a encontrar ese estado de fusión definitiva que ha perdido inevitablemente y para siempre.

El miedo que acecha al enamorado es doble. Por un lado, llegar a encontrar de nuevo aquella plenitud completa y, como en la infancia, volverla a perder, y quizás aún más aterrador, llegar a encontrar la unidad perfecta y por lo mismo fusionarse en el otro, suprimirse y suprimirlo, perder su propia identidad, sus límites y sus contornos. En este sentido, el amor sitúa al enamorado de nuevo ante la posible reaparición del estado completo que anhela, de la unión total con el objeto amado y, por consecuencia, lo enfrenta al límite del terror que provoca la posible desaparición de su propia identidad. El sujeto enamorado está dispuesto a volverse loco, a negar la alteridad del otro, a hacerse uno con el ser amado. El amor es entonces el juego entre la plenitud y la muerte que

eso implica. La pareja de enamorados titubea entre el retorno infantil de la relación madre-hijo y la experiencia adulta. En la genitalidad se da por unos instantes la ilusión de la unión total con el ser amado y se toca la muerte. En *Fragmentos...* surgen figuras como: «angustia», «estoy loco», «me abismo, sucumbo» o «En la calma tierna de tus brazos», que ponen palabras a estos sentimientos.

El sujeto enamorado ama el amor. Cree encontrar el objeto de su deseo y le entrega su total devoción. Cuando la imagen que el enamorado se ha hecho de su objeto de amor contradice ese acomodo total que busca, tiende a restituirle la adecuación a su deseo aunque «anula el objeto amado bajo el peso del amor mismo» (Barthes, 1982:39).

El «ausente» es también una «figura» del discurso amoroso. La separación con la madre cobra vigencia, sufrir la ausencia del otro, del objeto amado, «y tiende a transformar esta ausencia en prueba de abandono» (Barthes, 1982:45). El enamorado no tolera compartir a su amado con nadie ni nada. Los celos son un «sentimiento que nace en el amor» (Barthes, 1982:56). ¿El órgano del amor? El corazón. «Esta palabra vale para toda clase de movimientos y de deseos...(y) se constituye en objeto de donación» (Barthes, 1982:78). El flechazo, el corazón raptado, capturado, conquistado por el objeto amado. El enamorado que se debate entre el exceso de amor y perderse en la locura encuentra que el lenguaje en la etapa de plenitud es innecesario e imposible; en un segundo momento es posible y necesario para que aflore un poco de realidad.

En 80 figuras, Barthes rescata el discurso amoroso desacreditado por la modernidad y abandonado por el pensamiento científico para ofrecer un texto donde lectores y lectura son «una cooperativa».

El aprendizaje del amor

En la dirección del amor como discurso y socialización, investigaciones concretas como la de De la Peza (1994), en su texto

«El sacrificio del amor es el olvido», analiza la relación contradictoria que se establece entre el bolero, como código retórico de lo amoroso, y la experiencia de los sujetos. Sin idealizar la capacidad creativa de los sujetos ni el poder absoluto de los medios, la autora considera la relación entre los sujetos atravesados por múltiples textos y los boleros, discursos abiertos e intertextuales. En relación al análisis de los boleros, la autora encuentra una multiplicidad de figuras en las que se representan las posibles acciones, emociones y saberes del sujeto frente a la relación amorosa y que ofrece así a los usuarios formas de interacción entre los enamorados. Clasifica en dos grandes categorías a los boleros: del amor feliz y del amor desdichado. Las canciones de amor desdichado son la mayoría (80%) y remiten a la tragedia del sacrificio del amor. El bolero se canta durante el cortejo, la seducción y la separación de los enamorados y la culminación del amor es apenas por un momento y está siempre amenazada. De aquí se desprende una multiplicidad de figuras bolerísticas que son interpretadas, usadas y apropiadas por los sujetos enamorados. La autora supone que la cultura bolerística es parte de un código retórico de lo amoroso más amplio y que participa en la conformación de la subjetividad amorosa del mexicano.

El amor en la canción es también tema de estudio en el trabajo «Cantando la cama vacía: *love, sexuality and gender relationships in Dominican bachata*», de Pacini (1990), sobre la música de bachata de la República Dominicana. La especificidad de la bachata como canción de amor es la transformación de los elementos del género musical, donde la práctica sexual casual, la mediación del dinero y el bar son ahora los temas. La autora explora los cambios textuales, musicales y contextuales y su correspondencia con los cambios sociales en la República Dominicana de los años sesenta a la fecha.

En relación a los espacios narrativos, la bachata ha cambiado del espacio amoroso íntimo ocupado por las dos perso-

nas involucradas, a un espacio público ocupado por el grupo de compañeros del cantante. La autora considera que la bachata tiene funciones recreativas así como educativas, ya que instruye sobre relaciones emocionales y sexuales. Relacionando la bachata a los movimientos demográficos, encuentra que el cantante, siempre un hombre con cierta experiencia urbana, expresa la relación compleja entre las expectativas rurales y los constreñimientos urbanos de donde se desprende decepción, desesperanza, dolor. De hecho, el género de la bachata se conoce también como «música de amargue». En la bachata, la autora encuentra que se expresa la vulnerabilidad, el engaño, la alienación y la exasperación, pero el enojo está dirigido directamente a la mujer, que se retrata como la agresora de los hombres que son sus víctimas. La autora concluye que las tensiones sociales no resueltas entre agresor y víctima, voz y silencio, libertad y poder, se exploran simbólicamente en la bachata.

El amor, considerado como práctica social, es analizado también a través de un corpus de tarjetas postales de los años veinte. Margo Glantz (1982), en *El día de tu boda*, recorre las postales para describir una práctica cultural más amplia: el matrimonio y su promesa de perfección y eternidad. Dichas tarjetas postales, impresas en Italia, se distribuyeron en México desde los años veinte en las calles de moda de la capital, para lentamente recorrer los barrios populares y llegar a las tlapalerías de la colonia obrera y los mercados de Oaxaca. Por identificación de los usuarios primero, y por admiración de las clases populares después, las postales de novios, manos enlazadas, flores, niños angelicales, casitas de dulce y familias felices, circulan hasta hace poco en toda la República mexicana. La autora encuentra una codificación de la carta postal que tiene que ver con poses, gestos, objetos, escenografías, colores, ropa y decorados. Encuentra que la carta postal ofrece una lectura inmediata, un mensaje puro sin profundidad. El mensaje amoroso de la postal carece de pasión, de

risas y lágrimas, y más bien ofrece una receta amorosa que se identifica con la solidez del hogar. Sólo se ama en familia, con elegancia y decencia. El modelo pequeño burgués se reviste de glorias y enmascara así la vida cotidiana.

La experiencia amorosa a través de la historia

Siguiendo de cerca el camino señalado por Michel Foucault en la indagación sobre lo sexual, diversos autores trabajaron el amor desde una perspectiva histórica, reconstruyendo la experiencia amorosa en épocas y lugares específicos y revisando la reglamentación o normatividad que dichos contextos sociales produjeron al respecto.

Algunos de estos trabajos se enmarcan dentro de la perspectiva del estudio de las mentalidades. La idea de descubrir la mentalidad de una época trata de rescatar lo que queda fuera de la historia tradicional económica, política y social con mayúsculas, poniendo atención en lo residual, lo que vincula lo biográfico con lo social, lo cotidiano y natural que, lejos de transformarse al ritmo de los cambios sistémicos, permanece en el tiempo de la larga duración.⁹

Siguiendo la hipótesis foucaultiana de la producción social de la sexualidad, dichas investigaciones han ido tejiendo, a lo largo del examen de la normatividad moral y reglamentación social de diversas épocas, la experiencia amorosa y sexual en sus prácticas concretas. Tal es el caso del texto *El placer de pecar y el afán de normar*,¹⁰ producto de un seminario de historia de las mentalidades y religión en el México colonial, en el cual se descubre la distancia entre el discurso

⁹ Ver Jacques Le Goff, «Las mentalidades. Una historia ambigua», en *Hacer la historia*, (Comp. Jacques Le Goff y Pierre Nora) Vol. I, Editorial Laia, y Philippe Aries (1988), «La historia de las mentalidades» en *La nueva historia*, (Coord. Jacques Le Goff, et. al.) Ediciones Mensajero, Bilbao, España.

¹⁰ INAH (1988), Editorial Joaquín Mortiz, México.

normativo de la Iglesia y de las leyes y las prácticas de diversos tipos de pecadores o violadores de la ley.

En ese mismo sentido, el texto *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica*¹¹ explora, a lo largo de los siglos XVI al XVIII, la experiencia del amor, misma que «se ha visto sujeta al riguroso control religioso y social a través de una legislación directa o normas sociales restrictivas...» (Lavrín, Asunción, 1991:13).

Este fenómeno es aterrizado principalmente en el examen de las restricciones al comportamiento sexual y al matrimonio desde la Iglesia y desde el Estado colonial.

Para el mismo período histórico, pero en Europa, Lawrence Stone (1990) publicó la obra *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*,¹² en la que explora los cambios culturales que se manifestaron «en modificaciones en la forma en que los miembros de la familia se relacionaban entre sí, en términos de convenios legales, estructuras, costumbres, poder, afecto y sexo» (Stone, Lawrence, 1990:18).

Al igual que el trabajo anterior, esta investigación explora, desde la instancia familiar (la cual se usa como una ventana), la relación de las prácticas de las personas con lo religioso y con el Estado.

Un trabajo importante en el esfuerzo de historiar la experiencia amorosa es el de Peter Gay (1992), *La experiencia burguesa de Victoria a Freud* en dos volúmenes, que trata el período desde los inicios del siglo XIX hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, en Europa y en Estados Unidos de Norteamérica. Gay dirige su estudio a los «burgueses» tales como médicos, comerciantes, maestros, amas de casa, artistas, políticos, algunos artesanos y aristócratas. Aborda el asunto intentando combinar psicoanálisis e historia, destacando «el importante papel del mundo social en la formación

11 Asunción Lavrín (1991), Coord., Editorial Grijalbo-CONACULTA, México.

12 (1990) Fondo de Cultura Económica, México.

de los espíritus, incluso en su funcionamiento inconsciente» (Gay, Peter, 1992a:16).

En el primer volumen, denominado *La educación de los sentidos*,¹³ el autor «examina la vida sensual burguesa, las formas que toman sus instintos libidinales bajo la presión de sus imperativos morales y sus posibilidades físicas» (Gay, Peter, 1992a:13).

En el segundo volumen, titulado *Tiernas pasiones*,¹⁴ aborda

«las maneras de amar de la clase media, los modos de expresión y el encubrimiento erótico burgués, (...) las teorías del amor, las fantasías culturales que la literatura de la época ha conservado; los disfraces que podría tomar el deseo erótico en las esferas superiores de la cultura; las formas de amar que los teólogos llaman pecaminosas y los psiquiatras perversas; y el precio que exigieron, o se creyó que exigían, a las clases medias las limitaciones burguesas a la sexualidad» (Gay, Peter, 1992a:13).

La experiencia sensual y amorosa tiene ahora un nuevo aparato que la califica y define; el Estado ha sido sustituido por el discurso psicoanalítico, el cual, a partir de ese momento, comparte la tarea con la institución religiosa.

Algo en común en estos trabajos es su acceso a fuentes de primera mano tales como diarios privados, correspondencia familiar, testamentos, actas, testimonios recogidos por la inquisición o por los tribunales, textos médicos, manuales, tratados religiosos y obras de arte.

Otro tipo de texto, y para el caso del estudio específico de las mujeres, es la «Antología ilustrada de las mexicanas» *El álbum de la mujer*.¹⁵ En esta colección, los temas del matrimonio, reproducción, sexualidad, enamoramiento, etc., ocupan un lugar privilegiado. Las fuentes con las que se cons-

13 (1992a) Fondo de Cultura Económica, México.

14 (1992b) Fondo de Cultura Económica, México.

15 (1991) INAH, México.

truyeron tales antologías van desde documentos de primera mano propios de cada época, periódicos, entrevistas, hasta investigaciones que en diferentes momentos se han hecho sobre el tema de la mujer en el contexto específico del que se trate.

El primer volumen (Tuñón Pablos, Enriqueta, 1991) aborda la época prehispánica con textos que tratan el ciclo de vida, la moral social y el ámbito público; el volumen dos (Tostado Gutiérrez, Marcela, 1991) trata la época colonial a través de asuntos como el cortejo, el matrimonio, el divorcio, la viudez, la procreación, la moral sexual, entre otros; el volumen tres (Tuñón, Julia, 1991) aborda el siglo XIX (1821-1880) e incluye bibliografía sobre la moral social, el amor, cortejo, noviazgo, bodas, el matrimonio y la maternidad entre otros; finalmente, el volumen cuatro (Rocha, Martha Eva, 1991) se dedica al porfiriato y la Revolución y en él se exploran la vida cotidiana y la moral social de la época incluyendo el galanteo, el cortejo, el enamoramiento, el matrimonio, etc.

Conclusiones

Al interesarnos por el amor como un constructo social y su desempeño en el espacio público, nos interesamos también por las formas en que el discurso amoroso impacta la vida social. Observar los discursos amorosos y sobre el amor nos permite construir nuevos objetos de estudio. Acercarnos a los múltiples y contradictorios sentidos en el intercambio amoroso nos puede ilustrar no sólo sobre sentimientos, sino sobre conflictos sociales, roles de género, aprendizaje sentimental, por ejemplo. Por otro lado, más que vehículos expresivos, los discursos amorosos son actos pragmáticos. El discurso amoroso no es reflejo de un estado interno ni es su materialización; es acción social que se «lee» por sujetos que comparten la cultura. De esta manera,

«lo discursivo no constituye una superestructura puesto que es la condición misma de toda práctica social o, más precisamente, que toda práctica social se constituye como tal en la medida en que es productora de sentido; (...) no existe nada específicamente social que esté constituido fuera de lo discursivo...» (Laclau, s/f:23).

Los discursos pueden entenderse como esquemas de pensamiento o de clasificación entre lo posible y lo imposible, lo pensable y lo impensable, lo prohibido y lo deseable; en cada época y contexto social,

«...nuestro pensamiento se mueve en función de un orden de símbolos en virtud del cual el mundo se abre de una manera que es cada vez lingüísticamente y culturalmente específica. Llamamos (...) discurso a ese orden simbólico que permite a todos los miembros que fueron socializados bajo su autoridad hablar y obrar juntos...» (Frank, 1990:113).

Reconocemos su carácter local, contradictorio y fragmentado e insistimos en que los discursos se comprenden en relación con el entorno social y el poder.

Por otro lado, la abundante literatura teórica sobre el amor contrasta con los escasos trabajos de investigación sobre las distintas prácticas y discursos amorosos. Aproximarse al estudio de las puestas en acción del código amoroso permitirá reconocer las prácticas productoras de experiencias constitutivas de realidades diversas. Desde la perspectiva de quien pretende investigar empíricamente cómo es el amor en un contexto histórico-social específico, ya sea desde una perspectiva sociológica, antropológica o comunicacional, los planteamientos anteriores resultan de una gran utilidad. ☺

Bibliografía

- Abu-Lughod, Lila (1990), «Shifting politics in Beduin love poetry», en *Language and the politics of emotion*, Cambridge University Press, Great Britain.
- Aries, Philippe (1987), «El matrimonio indisoluble», en *Sexualidades occidentales*, editorial Paidós, México.
- Balbier, Frank M., et al (1990), *Michel Foucault*, filósofo, Gedisa, España.
- Barthes, Roland (1982), *Fragmentos de un discurso amoroso*, siglo XXI, México.
- Béjin, André (1987), «El matrimonio extraconyugal de hoy», en *Sexualidades occidentales*, editorial Paidós, México.
- De la Peza, Carmen (1994), «El sacrificio del amor es el olvido», en *Tramas No.9*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Denis de Rougemont (1993), *El amor y occidente*, editorial Kairós, Barcelona.
- Freud, Sigmund (1948), *Obras completas*, Trad. López Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Fromm, Erich (1966), *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires.
- Gay, Peter (1992a), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*. Volumen 1: «La educación de los sentidos», Fondo de Cultura Económica, México.
- (1992b) *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*. Volumen 2: «Tiemas pasiones», Fondo de Cultura Económica, México.
- Giddens, A. (1995), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, ediciones Cátedra, Madrid.
- Glantz, Margo (1982), *El día de tu boda*, Martín Casillas/Cultura-SEP, México.
- INAH (1988), *El placer de pecar y el afán de normar*, Joaquín Mortiz, México.
- Laclau, Ernesto, *Ruptura populista y discurso*, Department of Government, University of Essex, mimeo.
- Larroyo, Francisco (1982), «Estudio introductivo» en Comte, Augusto, *La filosofía positiva*, Editorial Porrúa, México.
- Lavrín, Asunción, Coord. (1991), *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica, Siglos XVI-XVIII*, Editorial Grijalbo-CONACULTA, México.
- Luhmann, Niklas (1985), *El amor como pasión*, Ediciones Península, Barcelona.

- Bibliografía**
- Pacini Hernández, Deborah, «Cantando la cama vacía: love, sexuality and gender relationships in Dominican bachata», en *Popular Music*, Vol. 9/3, EUA.
- Paz, Octavio (1993), *La llama doble*, Seix Barral, Barcelona.
- Rocha, Martha Eva (1991), *El álbum de la mujer*, Vol. 4, «El porfiriato y la Revolución», INAH, México.
- Stendhal (1968), *Del amor*, Alianza editorial, España.
- Stone, Lawrence (1990), *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tostado Gutiérrez, Marcela (1991), *El álbum de la mujer*, Vol. 2, «Época colonial», INAH, México.
- Tuñón, Julia (1991), *El álbum de la mujer*, Vol. 3, «El siglo XIX», INAH, México.
- Tuñón Pablos, Enriqueta (1991), *El álbum de la mujer* Vol. 1, «Época prehispánica», INAH, México.
- Weeks, Jeffrey (1993), *El malestar en la sexualidad*, Talasa ediciones, Madrid.
- (1998) *Sexualidad*, Paidós-PUEG/UNAM, México.